

llena; del mismo modo la contrariedad de esta escena parecía haber exagerado el sentimiento de enojo y aburrimiento que se había apoderado de mí desde que estaba hospedado en el castillo.

La alegría continua de esta casa, este movimiento convulsivo, estas carreras, estas danzas, estas comidas, este bullicio sin tregua y este eterno ruido de fiesta me incomodan grandemente.

Echo con amargura de menos el tiempo que he robado á la lectura y á las indagaciones que me conciernen; echo de menos mi valle de Tempé, y, sobre todo, Pablo, te echo de menos á ti.

No niego que en este reducido centro social hay bastantes personas distinguidas para formar elementos de relaciones muy agradables; pero estos elementos están dedicados por entero á las fiestas mundanas que yo voy aborreciendo.

El señor de Malouet y el mismo señor Breuilly, cuando sus insensatos celos no le privan de sus facultades, son ciertamente inteligencia y corazones privilegiados; pero la diferencia de los años abre entre nosotros ancho y profundo abismo.

En cuanto á los jovencuelos y á los hombres de mi edad, van todos con paso más ó menos ligero por el camino de la señora de Palma. Basta que yo no los siga para que me testimonien

una especie de frialdad vecina de la antipatía.

Mi orgullo me impide hacer nada para romper este hielo, por más que dos ó tres de estos enemigos me parecen hombres inteligentes y revelan instintos muy superiores á la vida que aquí llevan.

Aquí se me ocurre repetir una pregunta que me hago muchas veces: ¿Valemos más tú y yo, amigo Pablo, que esta multitud de alegres compañeros y despreocupados vividores? Como nosotros tienen vergüenza y honor, como nosotros no tienen ni virtud ni religión, proplamente dichas. Hasta aquí somos iguales.

Sólo nuestros gustos y nuestros placeres son distintos. Todas sus preocupaciones se refieren á las ligerezas propias del mundo, á los cuidados de la galantería y á la actividad material; las nuestras se dirigen con predilección casi exclusiva al ejercicio del pensamiento y á las buenas ó malas obras de la inteligencia.

¿Acertarán ellos ó nosotros?

VI

1.º Octubre.

Pablo, aquí ocurre algo que no me satisface. Quisiera recibir tu opinión y tu consejo: envíame ambas cosas lo más pronto posible.

En la mañana del jueves, después de escribir

mi carta, salí del castillo para echarla en el buzón. Como cuando regresé sólo faltaban algunos minutos para la hora del desayuno, entré en el salón que estaba aún desierto; hojeaba tranquilamente una «Revista» cerca del fuego, cuando se abrió la puerta bruscamente. Oí el crujir rápido de una falda de seda, demasiado amplia para pasar desahogadamente por una abertura de un metro escaso de ancho, y vi aparecer á la condesita, que había pasado la noche en el castillo.

Si te acuerdas del diálogo que el día anterior sostuve con la marquesa, y que la señora de Palma oyó desde su escondite, comprenderás, sin gran esfuerzo, que no podía serme agradable aquel inesperado encuentro matutino con mi enemiga.

Me puse en pie y la saludé con una profunda reverencia, á la que ella respondió con una inclinación de cabeza, que aunque ligera, era más cortés de lo que yo tenía derecho á esperar.

Los primeros pasos que dió fueron indecisos; me pareció una perdiz herida en el ala y aturdida por el disparo. ¿Iría al piano, á la chimenea, á la ventana, hacia la derecha ó hacia la izquierda?

Era evidente que ella tampoco lo sabía; pero la indecisión no es uno de los defectos de su carácter; tomó rápidamente su partido y atravesó el inmenso salón con paso firme para dirigirse

á la chimenea; es decir, hacia mi dominio particular.

En pie ante mi sillón y con la «Revista» en la mano, esperaba los acontecimientos con gravedad, aparente; que ocultaba sólo á medias una fuerte agonía interior.

Por fortuna tuve tiempo para preparar una explicación y para tomar posiciones. La viva conciencia de mi arrepentimiento, el recuerdo torturante de la forma casi injuriosa en que había emitido mi juicio, me impedían tomar actitud de resistencia.

La señora de Palma se detuvo á dos pasos de mí, apoyó su diestra sobre el mármol de la chimenea y acercó al fuego el zapatito que aprisionaba su pie izquierdo. Después se volvió hacia mí, y sin dirigirme una sola palabra pareció gozarse en mi visible embarazo.

Decidí volver á tomar asiento y continuar la lectura interrumpida; pero creí necesario, á modo de transición, decir antes á la condesita:

—¿Desea usted esta «Revista», señora?

—Gracias, caballero, no sé leer.

Esta contestación agresiva fué dada con decisión y voz casi varonil.

Instintivamente hice con la cabeza y con la mano un gesto cortés, con el cual parecía mostrar mi conformidad con la confidencia que se me hacía.

Ya estaba más tranquilo. Había recibido el

primer disparo de mi adversario. El honor estaba satisfecho.

No obstante, al cabo de algunos segundos de silencio, comencé á sentir de nuevo el embarazo de mi situación. Traté inútilmente de leer.

Una explicación franca me hubiera parecido cien veces preferible á aquella vecindad incómoda y persistente, á la hostilidad muda que me obligaba á mirar con inquietud el pie enano de la señora de Palma, que se agitaba nerviosamente ante el fuego, y á escuchar el repliqueo de sus sortijas sobre el mármol de la chimenea.

A mi pesar dejé escapar un suspiro de satisfacción cuando ví que se abría la puerta y se presentaba en escena un nuevo personaje á quien podía considerar como un aliado.

Era una señora, amiga de la infancia de lady A. y que se llamaba Durmattre. Es viuda é infinitamente hermosa. La razón de sus encantos superiores le ha conquistado hace tiempo la animadversión de la señora de Palma, quien aludiendo á las *toilettes* severas de su rival, al carácter lánguido de su hermosura y á su conversación un poco elegíaca, se goza en llamarla la *viuda del Malabar*.

La señora Durmattre carece de ingenio y gracia, pero tiene inteligencia, es soñadora y conoce bastante bien la literatura. Su monomanía es ser una amena conversadora. En el poco

tiempo que llevo en el castillo he contraído con ella una amistad casi cordial, porque escuchó con religiosa atención sus elegíacas lamentaciones. Muchas veces no la comprendo, pero siempre me esfuerzo para que ella quede satisfecha de mi penetración. Lo cierto es que no me canso de escuchar su voz, que es una música, de mirar sus formas, que son de pureza exquisita, y de admirar sus grandes ojos negros, que el espeso velo que forman sus largas pestañas envuelven en una inefable sombra mística.

No te inquietes por lo que te digo: he decidido que la estación de amar y de ser amado ha pasado para mí.

Al oír el ruido de la puerta, se había vuelto la condesita.

Al reconocer á la recién llegada, sus ojos azules se iluminaron con relámpago de ira reconcentrada: el azar le enviaba una presa. Dejó á la hermosa viuda que diera algunos pasos con lentitud algo afectada y dejó escapar una estrepitosa carcajada.

—¡Bravo!—dijo con énfasis,—¡la marcha del suplicio! ¡la víctima conducida al altar! ¡Ifigenia, ó mejor aún Hermión...

¡Pleurante apres son char vous vouler qu'on me voie!

¿Quién es el autor de este verso!

¡Soy tan ignorante!... ¡Ah! ¡sí! ¡creo que es de

vuestro amigo Lamartine! Seguramente pensaba en usted, amiga mía, cuando lo hizo.

—¿Ahora se dedica usted á la poesía?—dijo la señora Durmaître.

—¿Por qué no? ¿Acaso tiene usted el monopolio? *Pleurante apres son char...* recuerdo haber oído esto á Rafael... No, no es de Lamartine, es de Boileau... Aseguro á usted, amiga Natalia, que estoy decidida á rogarle que me dé lecciones de conversación seria y profunda... ¡Me divierten mucho las personas graves! Empecemos por una pregunta: ¿Quién prefiere usted, Lamartine ó Boileau?

—No existe entre ellos la más pequeña relación—replicó la señora Durmaître con bastante buen sentido y excesiva buena fe.

—¡Ah!—dijo burlescamente la condesita.

Y señalándome con el dedo:

—Usted prefiere, seguramente, al señor, que también hace versos.

—No, señora—repliqué,—está usted en un error, no versifico.

—Perdone usted, me lo había figurado.

La señora Durmaître, que debía, sin duda, á la conciencia de su belleza soberana su inalterable serenidad de espíritu, se limitó á sonreír desdeñosamente. Después ocupó el sillón que yo había dejado.

—¡Qué tiempo tan triste!—me dijo;—este cielo de otoño pesa sobre el alma.—Yo estaba miran-

do en aquel momento por la ventana: todos los árboles se me antojaban cipreses y toda la campiña un cementerio.

—No, por favor, Natalia, os lo suplico—interrumpió la señora de Palma,—no continúe usted sus jeremiacos lamentos. Acabará usted por ponerse mala.

—Me voy convenciendo—replicó sin inmutarse la hermosa viuda,—de que ha pasado usted una mala noche.

—¿Yo? Se equivoca usted; precisamente la he pasado mecida por celestiales ensueños... he tenido éxtasis... Mi alma ha encontrado varias almas como la vuestra... Los ángeles me han sonreído.

La señora Durmaître enrojeció ligeramente, se encogió de hombros y tomó la *Revista* que yo había colocado sobre la chimenea.

—A propósito, Natalia—dijo insistiendo la condesita,—¿sabe usted qué hombres nos acompañarán hoy á la mesa?

La excelente Natalia nombró á M. de Breuille, á dos ó tres casados y al cura de la parroquia.

—En ese caso me marcharé después del desayuno—dijo la condesita, mirándome.—Ya sabe usted que sólo gusto de la compañía de los hombres, y hay tres clases de individuos á quienes no considero como pertenecientes á este sexo... ni al otro: los casados, los sacerdotes y los sabios.

Después de decir esta sentencia, la señora de Palma me dirigió una nueva mirada, de la que no tenía yo necesidad para comprender que me hacía figurar en su clasificación de las especies neutras. Me incluía en los individuos de la tercera categoría, aunque me faltaban títulos para entrar en ella con derecho: para las mujeres como la condesita, es cosa fácil pasar por sabio.

Sonó la campana que anunciaba la hora del desayuno, y dijo la señora de Palma:

—¡Gracias á Dios que nos avisan! Tengo un hambre diabólica, de la que se ven siempre libres los espíritus puros y las almas en pena.

Se deslizó, más que anduvo, hasta la puerta del salón, y se arrojó al cuello del marqués de Malouet, que entraba seguido de sus huéspedes.

Yo me apresuré á ofrecer el brazo á la señora Durmaitre, procurando, á fuerza de cortesías, hacerla olvidar la tempestad que por culpa mía había descargado sobre ella.

Como habrás notado, seguramente, la condesita había dado pruebas en esta conversación de su habitual libertad, tan falta de medida como de gusto; pero había puesto á la vez de manifiesto más ingenio que el que yo la suponía, y aunque la demostración se había hecho á mi costa, no dejé de celebrarla mentalmente.

He de reconocer también, para ser justo, que las represalias que se tomaba la condesita no tenían de censurable otra cosa que haber hecho

responsable de mi falta á una víctima inocente.

En resumen, durante el tiroteo de frases intencionadas, pero no ofensivas, me había sonreído interiormente más de una vez, y la impresión que mi enemiga me dejaba era más atenuante que agravante. Al desdén que hasta entonces me había inspirado la extravagante condesita, se mezclaba desde aquel momento dulcedad hacia la muchacha mal educada y para la mujer mal dirigida.

Las mujeres son demasiado hábiles para que á la señora de Palma se le escapara este sentimiento mío. Tuvo vaga conciencia de la forma en que había modificado mi primitiva opinión, y no tardó en procurar sacar partido de esta disposición relativamente favorable.

Durante dos días me asateó con sus bromas intencionadas, que yo sufrí pacientemente, y á las que contestaba con atenciones, porque aún me atormentaba el recuerdo de las duras expresiones de su diálogo con la señora Malouet, y no creía haberlas expiado lo suficiente con el débil martirio que había sufrido en compañía de la hermosa *viuda del Malabar*.

No hacía falta tanto para que la condesita se imaginara que podía ya tratarme como á país conquistado y considerarme como un rendido admirador.

Anteayer dedicó el día á probar la fuerza y el alcance de su poder naciente sobre mi cora-

zón y mi voluntad, pidiéndome dos ó tres servicios insignificantes, que cualquiera de los adoradores de la condesita se hubiera apresurado á hacer, considerándose muy honrado, y que yo negué con cortesía, pero friamente. Estos actos de vasallaje á la belleza tienen algún encanto cuando no se nos piden como imposición, pero no todas las edades ni todos los caracteres son á propósito para someterse á las exigencias de los otros.

Los espíritus graves y las naturalezas un poco adustas, sin negarse rotundamente á aceptar todas las impertinencias dictadas por el capricho, deben evitar el desempeño de ciertas funciones que sólo la juventud y la elegancia graciosa pueden cumplir sin caer en el ridículo.

A pesar de la firmeza con que yo me había negado durante todo el día á someterme á estas pruebas, la señora de Palma dió por segura su victoria; juzgó neciamente que le bastaba con querer para dominarme, triunfo de poca valía seguramente, pero que para ella tenía el mérito de haber sido alcanzado en ruda lid.

Por la noche, en el momento en que me apartaba de la mesa del *whist*, se me acercó deliberadamente y me rogó que le dispensara el honor de figurar con ella en la danza de carácter que se llama cotillón.

Me excusé riendo, por mi absoluta inexperiencia; ella insistió declarando que era evi-

dente que yo tenía disposición para la danza, recordándome graciosamente la agilidad de que había dado pruebas en el bosque. Por fin, para terminar el debate, me asió familiarmente del brazo, diciendo que no estaba acostumbrada á que se le negase lo que pedía.

—Ni yo acostumbro tampoco—dije—á dar ocasión para que se rian.

—¿Ni aun por complacerme?

—Menos aún.

La saludé sonriendo por el efecto de mis palabras, que acentué de manera tan positiva que ella no se atrevió á insistir.

Soltó mi brazo bruscamente y fué á agregarse á un grupo de jóvenes que desde lejos nos observaban con interés manifiesto.

La condesita fué recibida con cuchicheos y sonrisas, á los que respondió con algunas frases rápidas, de las que sólo pude entender la palabra *revancha*.

No di gran importancia al incidente ni á la amenaza, y mi alma me llevó en busca de la de la señora Durmaltre.

Al día siguiente se debía verificar una gran cacería en el bosque.

Yo había pretextado un trabajo urgente, para no tomar parte en la diversión. Poco antes del mediodía se reunieron los cazadores en el patio del castillo, donde durante un cuarto de hora sólo se oyó el penetrante sonido de las

trompas, los relinchos de los caballos y los ladridos de la jauría.

Después, esta mezcla tumultuosa se perdió en las alamedas del parque, el ruido se apagó poco á poco y yo quedé dueño de mí y de mi espíritu en un silencio tanto más dulce por ser muy raro en el castillo.

Hacia pocos minutos que gozaba de mi soledad y hojeaba las páginas in folio de la *Neustria pia*, cuando me pareció oír el galope de un caballo que entraba en el patio del castillo.

—Algún cazador que se ha retrasado—pensé;

Y tomando la pluma comencé á copiar del enorme volumen el pasaje referente á los capítulos generales de los benedictinos; pero una nueva y más grave interrupción vino á afligirme: llamaban á la puerta de la biblioteca.

Sacudi la cabeza con rabia, y dije:

—¡Adelante!

Esta palabra la pronuncié con el mismo tono con que hubiera podido decir:

—¡Fuera!

La persona que llamaba, entró.

Pocos minutos antes había visto á la señora de Palma partir al galope á la cabeza de la cabalgata, y no era mucho que me quedara boquiabierto y sorprendido al verla ante mí á distancia de dos pasos.

Llevaba la cabeza descubierta y los cabellos recogidos graciosamente en la nuca: tenía en

una mano la fusta y con la otra sostenía la larga cola de su falda de amazona.

La animación de la carrera que acababa de hacer parecía exagerar la expresión audaz que es habitual á su mirada. Y sin embargo, su voz era menos segura que de ordinario, cuando me dijo:

—¡Usted perdone! Creí que estaba aquí la señora de Malouet.

—Si quiere usted, iré en su busca.

Me había puesto en pie.

—Gracias, gracias... Iré yo misma. Me ha ocurrido un accidente.

—¿Qué le ha pasado?

—¡Oh! nada, se me ha enganchado el sombrero en una rama y he perdido las plumas.

—¿Las plumas azules?

—Sí... Aquí está usted bien para trabajar.

—Perfectamente; no podía desear cosa mejor.

—¿Tiene usted mucha ocupación en este momento?

—Bastante.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque tenía el pensamiento de suplicarle que viniera al bosque. Los cazadores estarán muy lejos y no me atrevo á ir en su busca sola; por eso pensaba... pero, en fin...

Al balbucear esta explicación, que salía de sus labios algo embrollada, tenía la condesita

un aire socarrón y tímido á la vez que acabó de fortificar el sentimiento de desconfianza que su entrada, aún no justificada, había hecho nacer en mi espíritu.

—Señora—la dije,—tengo un verdadero pesar: toda mi vida lamentaré haber dejado escapar la ocasión encantadora que me ofrece, pero es necesario que en el correo de mañana salga un trabajo que el ministro espera con gran impaciencia.

—¿Tiene usted miedo de que le dejen cesante?

—No tengo miedo á nada, señora.

—En ese caso, debe usted preferirme al ministro: esto me halagará.

—Es imposible.

La condesita adoptó un tono seco.

—Es usted un hombre singular... Estoy deseosa de que se presente una ocasión en que se digne usted ser complaciente conmigo.

—Señora—repliqué con sequedad semejante á la suya,—mi mayor deseo es ser complaciente, pero no tengo ningún interés en que gane usted la apuesta.

Hice esta insinuación al azar, apoyándola en algunos recuerdos y sobre algunos indicios que habrás podido recoger en distintas partes de mi reiato. Había puesto el dedo en la llaga.

La señora de Palma enrojeció, balbuceó dos ó tres palabras que no entendí, y saltó de la biblioteca desconcertada y furiosa.

Esta retirada me causó á mi también alguna confusión.

No soy de los que opinan que debemos llevar nuestro respeto al sexo débil hasta someternos neciamente á todos sus caprichos y á todas las empresas que una mujer pueda intentar contra nuestro reposo y nuestra dignidad; pero nuestro derecho de legitima defensa está circunscrito por límites estrechos que tuve miedo de haber franqueado.

Bastaba que la señora de Palma estuviera sola en el mundo, y sin otra protección que la de su sexo, para que me pareciera punible haber cedido inmoderadamente á la irritación que me había causado su impertinente insistencia.

Me atormentaba con estos reproches, cuando llamaron á la puerta suavemente.

Esta vez fué la señora de Malouet quien entró. Estaba emocionada.

—Vamos á ver, ¿qué ha pasado?—dijo.

La referí, sin olvidar ni un detalle, mi entrevista con la señora de Palma, sin callar lo que sobre mi arrepentimiento se me ocurría. Añadí que la conducta de aquella señora respecto á mi era inexplicable, pues en el término de veinticuatro horas me había tomado por objeto de sus excentricidades y sus apuestas, lo que tenía yo por excesiva atención para con un hombre que sólo la pedía una gracia: la de que

no se ocupara de él más que lo que él se ocupaba de ella.

—Entiéndase bien—dijo la marquesa,—que no os reprocho nada. He podido apreciar por mis propios ojos, en los últimos días, vuestra conducta y la suya; pero lo que ocurre es muy desagradable. Ella asegura que la habéis tratado como á una criatura...

—Señora, he repetido á usted textualmente mis palabras.

No le han molestado las palabras, sino el tono con que han sido dichas... Señor G., permítame usted que le hable con franqueza: ¿Tiene usted miedo de enamorarse de la señora de Palma?

—No, señora.

—¿Desea que ella se enamore de usted?

—De ningún modo, se lo aseguro.

—Pues bien, hágame usted un favor: deje por hoy su amor propio á un lado y acompañe al bosque á la condesita.

—¡Señora!

—¿Encuentra usted el consejo singular? Pues debe usted tener la certeza de que se lo doy después de haber reflexionado largamente.

El desdén con que trataba usted á la señora de Palma es la causa de que esa niña voluntariosa y mimada se empeñe en ganar su admiración.

Se irrita contra una resistencia que hasta ahora no había encontrado en ningún hombre.

Tenga usted la humildad necesaria para ceder. Hágallo por mí.

—¿Cree usted formalmente?...

—Pienso—repitió la anciana, riendo,—que en cuanto os vea sujeto á su yugo como los otros, habréis perdido á sus ojos el mérito principal.

—Confieso, señora, que me presenta las cosas bajo un aspecto completamente nuevo. Aseguro á usted que no me ha pasado por el pensamiento atribuir la terquedad de la señora de Palma á un pensamiento que pudiera servir de base á mi glorificación.

—Y ha sido usted razonable—replicó con viveza la anciana;—hasta ahora no hay nada de eso, á Dios gracias; pero hubiera podido llegar, y es usted demasiado galante para desear que se enamorara esa mujer á quien desprecia.

—Me abandono por completo á vuestra dirección; voy á buscar los guantes y el sombrero. Ahora nos falta saber cómo recibirá la señora de Palma mi tardío ofrecimiento.

—Lo recibirá bien, si usted quiere tomarse el trabajo de pensar un poco la manera de ofrecerse.

—Haré cuanto esté en mi mano.

La señora de Malouet me tendió la mano, que yo besé con profundo respeto y marcada gratitud.

Cuando llegué al salón con media bota y espuelas, vi á la señora de Palma que estaba sola,

materialmente hundida en un sillón. Alzó y bajó rápidamente sus enrojecidos ojos.

—Señora—la dije,—estoy tan sinceramente pesaroso de haberla ofendido, que me atrevo á pedir perdón de una grosería imperdonable. Vengo á ponerme á vuestra disposición, y si rehusa usted mi compañía me dará el castigo que merezco, pero me dejará más apesadumbrado que culpable soy ahora.

La señora de Palma, parando más atención en la emoción de mi voz que en mi diplomático discurso, me miró, entreabrió los labios y no dijo nada. Al cabo de un momento me tendió la mano, algo temblorosa, que yo me apresuré á recibir entre las mías. Se sirvió de este punto de apoyo para ponerse en pie y echar á andar hacia el parque.

Algunos minutos después estábamos á caballo y salíamos del castillo.

Recorrimos la alameda principal sin haber cambiado ni una palabra.

Yo sentía profundamente, puedes creerlo, cuán ridículo era este silencio por mi parte, pero como suele ocurrir en las circunstancias en que más imperiosamente pedimos recursos á la elocuencia, estaba atacado de una esterilidad de imaginación irremediable.

Buscaba inútilmente el modo de iniciar la conversación; me dominaban reflexiones tan nuevas como penosas. Me preguntaba hasta qué

punto podían ser fundadas las sospechas de la señora de Malouet, y hasta qué punto habíamos obrado cuerdamente, la marquesa aconsejando y yo obedeciéndole.

Me acordaba de la vivacidad altanera y caprichosa de la joven en todas las ocasiones, y tan abatida y preocupada en aquel momento. Te confieso que estaba enternecido. El abismo que me separa de la condesita subsistía inmenso é infranqueable, pero, yo no sé si me entenderás si digo que aunque la distancia no se había acortado, me parecía que ya no estábamos tan separados.

La señora de Palma, que no podía adivinar mis secretas meditaciones, acabó por hallar insoportable aquel prolongado silencio.

—¿Si galopáramos un poco?—dijo súbitamente.

—Galopemos.

Espoleamos los caballos, y al aumentar la velocidad me pareció que se aliviaban mis tormentos.

Al llegar al camino tortuoso que llega hasta las ruinas tuvimos que poner los caballos al paso, y como ya mi mutismo no tenía excusa, puse empeño en hablar y estaba á punto de decir una vulgaridad, cuando la señora de Palma vino en mi ayuda.

—Se asegura—dijo—que tiene usted mucho talento y gran ingenio.